

Gnaton, que obedecía las órdenes de Panichys, y por el anciano que colocado en el anfiteatro cerca de Chrysis, había impulsado á ésta para interceder por la vida de Asclytio, cuyo personaje parecía tener gran interés por conocer la morada de aquellos jóvenes. Pero ninguno de estos dos misteriosos perseguidores pudo averiguar un punto más de lo que habían visto; porque habiendo querido Gnaton hacer varias preguntas al portero de la casa de Fausto, intentando seducirle y hacerle aceptar unas cuantas monedas de oro, aquel siervo leal no sólo se negó á contestarle y rechazó la oferta, sino que enarboló su látigo para obligarle á que se alejara. El otro curioso que había sido testigo de aquella escena, no consideró prudente intentar la conquista de aquel criado fiel, y haciendo de la necesidad virtud, se contentó con decirle:

—La nobleza y bondad del señor se descubre por la virtud de sus servidores, y lo que tú acabas de hacer me demuestra, esclavo, que Fausto es merecedor de las alabanzas que la fama le prodiga.

Y así diciendo se alejó encaminándose al albergue donde se hospedaba el asentista ó empresario de los juegos del Circo, esto es, el que había contratado las fieras y los gladiadores.

III.

Silia, al entrar en su palacio de regreso del Circo, abrigaba la confianza de que Fausto la seguiría y no tardaría en presentarse. La cita que ella había dado al Duunviro no podía tener lugar hasta después que hubieran terminado completamente los juegos, y Silia tenía por lo tanto más tiempo del que ella necesitaba para recibir á Fausto y descubrir lo que podría esperar del amor de éste. Así, pues, tan luego como llegó á su morada, sin detenerse en nada, se instaló en la habitación más retirada de su gineceo, cuidando de prepararla discretamente á la media luz ó casi oscuridad tan recomendada por Ovidio á las mujeres. En seguida se despojó de las ropas suntuosas con que se había presentado en el Circo, y se vistió con una ligerísima túnica, quedando sola con su esclavá para anunciarla sus órdenes y su reservada consigna.

—Te situarás— la dijo— en medio del atrio conversando con cualquiera esclava como por casualidad, y cuando veas llegar á Fausto, fingirás no haber reparado su presencia. El portero se excusará de no dejarle pasar, y es seguro que él insistirá: entónces ya podrás mezclarte en el asunto

y sin despertar las sospechas del mismo Fausto, dirás que echas sobre tí la responsabilidad de introducirlo á riesgo de mi desagrado. Ya saben todos que eres mi favorita y que te lo perdono todo, para que no pongan obstáculos á lo que digas.

—Te obedeceré fielmente—la respondió la maliciosa esclava, añadiendo: —y yo cuidaré de introducir á Fausto, sin previo anuncio, porque acabas de vestirme un traje que no es propio para recibir visitas y con el cual es necesario ser sorprendida.

Silia le dirigió una severa mirada, y Daphne se apresuró á decirla con la mayor humildad:

—Dale un verdadero amor: lo merece porque es jóven, es bello, es noble y porque te ama.

—¿Qué precio ha puesto Fausto á tus alabanzas y cuánto te ha dado para que así lo recomiendes?

—Me ha dado, á mí que le sirvo, bastante ménos que á tí de quien se ha constituido en esclavo: una bondadosa mirada y una palabra cariñosa. Ahí tienes lo que me ha dado.

—Y algunos óbolos de oro?

—Eso sería bueno si se tratase del Duunviro—replicó Daphne sonriendo—ese no economiza las dádivas; ¡es tan rico!

—Y tú le sirves con fidelidad, según se ve;—añadió Silia con intencionada burla.

—Ciertamente que sí,—respondió la sarcástica y chispeante esclava—yo me apresuro á cantar sus méritos siempre que se me presenta ocasion de hacerlo: en prueba de ello, ¿no te acabo de decir que es muy rico?

Silia no pudo ménos de reir por la agudeza de su favorita y la indicó que saliese, quedando sola en su gabinete. Recostada sobre un lecho que ocupaba el frente de la habitacion, se entregó á sus reflexiones: veamos cuáles eran esas reflexiones.

—No se trata ya—se decia—de elegir un amante, sino de elegir un marido. Al presente soy libre y dueña de mí misma; por consiguiente, mis favores ó mi amor tienen tanto más valor y precio cuanto que no tengo por qué conceder ni lo uno ni lo otro bajo el secreto de una intriga, ni como un ilícito y clandestino comercio. Verdad es que Bibulo es un hombre casado; pero esto no es un serio inconveniente, y no tendria que hacer un penoso esfuerzo para repudiar á su esposa. Fausto es libre y sería mio cuando yo quisiera; pero Fausto no posee más que una mediana fortuna, con la cual apenas si le basta para sostener el rango y la posicion que ocupa. Mis bienes, por otra parte, están gravados á la

responsabilidad de importantes empréstitos, y los de mi esposo debo considerarlos perdidos para mí y para mis hijos..... Sería, pues, un solemne disparate acoger las proposiciones de Fausto..... al ménos como marido.

Es necesario acusar aquí á Silia y con ella quizás á casi todas las de su sexo: la dama romana prefería mejor la opulencia y sus vanos planes, no ya á la dicha y á la verdadera felicidad, que esto es poco, si que también al amor; porque Silia amaba á Fausto. Es cierto que ella revolvia en su imaginación sin cesar el mismo pensamiento para ver si le ocurrían buenas razones que aconsejasen elegir á Fausto, pero la ambición sobreponía siempre su irresistible lógica en favor del Duunviro; él solamente podía adoptar con ventajosas condiciones á Cneyo y á Chrysis, dar á ésta una buena dote y obtener para aquél un destino importante. Jamas había estado Fausto tan lejos de un éxito lisonjero como lo estaba en aquellos momentos por las ideas de Silia: Bibulo, que como amante hubiera sido un amante ridículo, había llegado á parecerle un excelente marido. Darse á Bibulo por el oro, hubiera sido infame: hacerlo su esposo por la misma razón, no tenía para una madre de familia nada que no fuera previsior y honorable.

Bibulo triunfaba, y no obstante, Silia esperaba impaciente la llegada de Fausto, cuya tardanza comenzaba á causarla alarma.

No hay dédalo tan confuso é inextricable como el corazón de las mujeres, puesto que ellas mismas renuncian á seguir el hilo que pudiera conducir las á un fin luminoso, y se abandonan al destino y á los sucesos para salir de sus propias vacilaciones. No la razón, pero sí todos los argumentos y ratiocinios ambiciosos de Silia le aconsejaban ser la esposa de Bibulo: su corazón y todos los principios de sana moral que se albergaban en su alma la gritaban que debía ser esposa de Fausto. Eran dos pasiones y dos lógicas que luchaban en el interior de su conciencia.

A la edad en que comienza la vida del corazón, no se vacila: á la edad en que esa vida va á extinguirse, tampoco se vacila; pero cuando una mujer es todavía bastante joven para amar con vehemencia y verse amada con pasión, siendo al mismo tiempo bastante experimentada por la edad para prever que toca su vida las puertas de un período en que lo único razonable es el positivismo de la fortuna, entónces esa mujer duda, y Silia dudaba.

Para decirlo de una vez, Silia se abandonaba y dejaba la decisión que debiera tomar á la de los que la esperaban de ella.

Cada cual de los dos pretendientes podia sin duda alguna decidir de su propia fortuna. Fausto necesitaba dar mucho amor para luchar contra los tesoros de Bibulo, y éste necesitaba muchos tesoros para triunfar contra el amor de Fausto.

Al cabo se presentó el jóven tribuno conducido por Daphne, que lo hizo entrar súbitamente sin previo anuncio, sin llamar y sin arañar en la puerta; puesto que entónces tambien se arañaba á las puertas de las damas romanas como se acostumbraba hacerlo á la de las cámaras de las reinas de España (1), y se aconsejaba á los amantes que hiciesen uso de sus uñas antes que retirarse.

Silia, que de antemano habia pensado aparentar sorpresa, vióse real y efectivamente sorprendida, porque en aquel momento estaba totalmente preocupada y dominada por sus meditaciones. Así es que al ver á Fausto en su presencia, marcóse un encedido rubor en sus mejillas, y con un movimiento casi natural, procuró precipitadamente echarse un palio que á mano tenia, y que debía cubrirla y no cubrirla

(1) Mr. Frederico Soulié padece un notable error atribuyendo esa costumbre á las reinas de España, cuando lo era exclusiva en los palacios de la Corte de Francia.— (N. del T.)

lo bastante para que apareciese púdica y quedase provocativa.

Daphne se disculpó escapando, y Silia quedó á solas con Fausto, que fué aproximándose á ella bajo la impresion de las más dulces esperanzas.

Los *Grands Romains* de Corneille y las humorísticas-críticas de Boileau contra los *Brutos galanteadores* y los *Catones currutacos*, casi nos han habituado á imaginarnos que los hombres de aquella nacion y de aquella remota época estaban todos dotados de una serenidad en el alma que no les permitia ocuparse sino de graves asuntos, de grandes intereses y de elevadas discusiones. Aun admitiendo que ese fuera el carácter propio y dominante de la Roma republicana, no podemos reconocerlo así respecto á la Roma del Imperio. Las ocupaciones del amor, que eran el asunto más importante de la córte del licencioso Luis XV, preocupaban por completo igualmente á la del glacial Augusto, y los tiempos antiguos nos han legado códigos amorosos que bien pudieran servir de texto á nuestros modernos *Don Juanes*.

Fausto no era un libertino, pero amaba y sabia hacer el amor. Se aproximó, pues, á Silia y la dijo dulcemente:

—¿Por qué ese terror y ese sobresalto?

—No iguales la sorpresa al terror, Faus-

to : no te esperaba..... me creía sola..... estaba fatigada y descansaba.

—¿Y porqué procuras ocultar á mi vista esos encantos de tu belleza, que son para mí preferibles á las de la misma Vénus, diosa de la hermosura?—dijo Fausto apoderándose de las manos con que Silia sujetaba el manto que la cubría.

Esta atrevida galantería no dispó la tristeza que se dibujaba en la fisonomía de Silia, y sólo hizo á ésta exclamar :

—Sí, Fausto, tú me amas y yo te amo á tí; pero este amor nuestro es una insensatez.

—¡Que tú me amas, Silia! exclamó á su vez Fausto en el arrebato de su entusiasmo.

—¿Por qué he de ocultártelo y qué importa que te lo diga, si tanto para tí como para mí no puede ser eso causa de nuestra alegría?

—¿Qué quieres decir?

—Que no quiero sufrir yo sola la desesperacion de amarte y de no ser tuya, y que es necesario que tú tambien puedas decir: «Me ama y me rechaza.»

—Silia, es muy extraño é incomprendible lo que me dices; yo te amo, sí, pero yo no he cometido la indiscrecion de manifestar que mi corazon abrigue ciertas esperanzas.

Una ligera sonrisa se asomó á los labios de Silia, diciendo :

—Fausto, tenemos ya más de treinta años y no podemos ser de esos jóvenes incautos que marchan á ciegas por la escala del amor hasta el momento en que una ocasion abre la puerta al deshonor. Tú sabes muy bien lo que ambicionas de mí, y yo no pretendo fingir que tus deseos sean para mí una injuria, ni que me causen horror.

—Pues bien, Silia...—dijo Fausto aproximándose más á la dama romana.

—Pues bien, Fausto,—dijo Silia rechazándolo con dulzura;—seríamos dos insensatos si nos dejásemos llevar de nuestra pasion.

—¡Insensatos por querer la felicidad!

—Insensatos, porque tú perderias tu brillante porvenir, y yo la consideracion y la estimacion que me es tan necesaria. Tú no eres rico, Fausto, pero eres uno de esos hombres cuyo talento constituye un inestimable tesoro; yo soy ménos acaudalada de lo que tú puedes suponer; tengo una hija á quien no podré dar más que una buena reputacion, y la honra de una hija depende en primer lugar de la honra de su madre.

Fausto permaneció mudo ante la lógica de los argumentos de Silia. Las mujeres

que se defienden con el escudo de su propia virtud y haciendo alarde de ella, no consiguen persuadir jamas; pero las que nos oponen un sentimiento elevado y un interes honroso y razonable, nos vencen y triunfan de sí mismas y de nosotros.

— Ya lo ves—continuó Silia—yo no hago alarde contigo de un mentido pudor, ni de falsas preocupaciones, y sólo te expongo lo que es verdad y lo que es justo. Y porque yo sé que la justicia y la verdad tienen un noble albergue en tu corazon te he recibido en esta forma y en este apartado gabinete, donde estoy casi entregada á tu discrecion.

En aquel momento, casual ó intencionalmente, Silia se abandonaba dejando contemplar toda la belleza de sus formas y toda la debilidad de su resistencia, derramando una mirada sobre sí misma, como diciendo: «Ya ves cuán hermosa soy y cuán solos estamos.»

Fausto no comprendió el verdadero sentido ni la intencion de las palabras de Silia; pero la mirada que ésta derramó sobre su propio cuerpo le hizo ver todo lo que ella queria mostrarle, y aproximándose otra vez al lecho, exclamó en el transporte del más ardiente deseo:

— ¡Ay Silia!... ¿A qué pensar ni en el mañana, ni en las desdichas cuando tan

cerca tenemos la felicidad?... ¡Silia!... ¡Silia!...

Ella lo rechazó con resolucion, diciéndole en tono cariñoso:

— Fausto, no tienes generosidad.

— ¡Oh!... perdóname si me amas.

— Precisamente porque te amo no puedo perdonarte, y tambien porque desconoces la lealtad con que me he confiado á tí... Tú no me has comprendido, Fausto, y quizás hayas llegado á suponer que yo empleo aquí la farsa del pudor y de la resistencia. No: te engañas. Yo te amo, Fausto, y ser tuya sería toda mi dicha, toda la dicha que yo ambiciono; pero, Fausto, si yo me diese á tí sería mi vida entera lo que te diera, y sería la tuya lo que yo te exigiria en recompensa de la mia. Si yo fuese libre yo no podia pretender de tí más que tu nombre y tu mano, pero no siéndolo, es mucho más que eso lo que necesito para que me pagues la consagracion de todo mi amor y de toda mi existencia, puesto que yo pretenderia de tí tu consideracion, tus esperanzas, tus proyectos, tu porvenir perdido quizás á causa de ser mio: pretenderia que me trataras como esposa tuya, no siéndolo; pretenderia que despreciaras las leyes y las costumbres, obteniendo para mí un respeto y una estimacion que yo no mereceria ya... y todo esto es imposible.

— ¡Silvia! — gritó Fausto — esa es una palabra que no existe para mí: todo cuanto me exijas, lo tendrás; todo cuanto temas, yo lo venceré.

— ¿Serás capaz de todo eso por mí? — exclamó Silvia realmente conmovida.

— ¡Yo te lo juro por los dioses inmortales!...

— ¿Y me amarás lo bastante para darme tu mano y tu nombre si yo fuera libre?

Fausto, á pesar de la embriaguez de su pasión, permaneció mudo un instante, y dijo en seguida con presteza:

— ¿A qué hablar de cosas que no pueden ser?

Esta vez Silvia, pálida, temblorosa y vivamente agitada, rechazó á Fausto con violencia y quedó sumida en el más profundo abatimiento. Acababa de sufrir un terrible desengaño descubriendo lo que hasta entonces no había podido ni pensarlo siquiera; esto es, que había una cosa que Fausto no la sacrificaba, su nombre. Y era verdad.

En la antigua Roma no faltan ejemplos de hombres que, arrastrados por la pasión de un amor frenético y áun ilícito, sacrificaban en holocausto de una mujer su propia consideración y la consideración de sus nombres, sus fortunas, el cariño de sus más fieles y adictos amigos, la estima-

ción de las gentes honradas, la protección de los más poderosos, apartándose, en fin, de todo trato y de toda sociedad, y aceptando las murmuraciones, y y más aún, hasta el ridículo; pero que no hubieran dado á esa mujer su nombre por nada del mundo. Y era que entonces, más que hoy día, en aquel pueblo, donde la sociedad tenía por base la familia, el nombre de ella era un patrimonio confiado á todos sus individuos y del cual eran todos á la vez tan responsables como de su honor. César, el prostituido César, repudiando á su mujer á pretexto de que la esposa de César no debía ni áun sospecharse de ella, nos demuestra lo que significaba entre los romanos la religión del nombre, patrimonio de la familia. Aquel libertino, que fué el amante de todas las mujeres y la mujer de todos los amantes, sin que le afectase gozar tan depravada reputación, no quería, sin embargo, que su esposa fuera objeto tan sólo de una sospecha.

Silvia había leído todos esos pensamientos en la fisonomía de Fausto y en su respuesta evasiva; porque Silvia, además, sabía que Fausto era bastante delicado para no decirle ninguna frase que pudiera lastimarla, y que al mismo tiempo era bastante honrado y leal para no engañarla con falsas promesas.

Aquella fué, pues, para ella una humillacion y un desengaño. Su eleccion y su partido quedaban desde aquel momento resueltos: Silia sería esposa del Dunnviro, en el caso de que éste la aceptase; porque la derrota que acababa de sufrir con el golpe de la respuesta de Fausto le hacía dudar de su victoria sobre Bibulo.

Todo esto que hemos reseñado habia sido cosa de un instante, como accion del pensamiento; pero la situacion habia cambiado por completo. Silia, anegada en llanto, dejó caer su cabeza en los almohadones del lecho y no ocultó su dolor, dejando ver sus lágrimas, porque su desesperacion no la permitia hacerse cargo de su humillacion. Amaba tanto á Fausto que lo preferia á su propia vanidad de mujer; mas al fin este sentimiento, que á partir de aquel instante habia de ser el último baluarte de su defensa, triunfó de sus lágrimas.

Fausto no se daba cuenta de aquel cambio y de aquella situacion: creía que de ello no podia ser causa su negativa, porque en realidad no la habia claramente expresado, y tenia la seguridad de no haber dicho nada, puesto que no habia pronunciado ni una sola palabra. Rogaba á Silia que le diese una explicacion de sus lágrimas, cuando súbitamente, dominando la

dama su amargura, dijo á Fausto con una franqueza y una sinceridad que desconcertaron al joven tribuno:

— Si me hubieras amado lo bastante para decirme: «Tú serás mi esposa», quizás entónces yo hubiera consentido en no ser más que tu querida, porque te amo lo suficiente para preferirte á mí misma; pero yo hubiera querido que me dejáras la satisfaccion de esa generosidad. Tú me has arrebatado la fe, que era lo único que podia inclinarme á un sacrificio: eres prudente y tu prudencia me ha aleccionado. Yo te felicito por ello y te deseo la más completa dicha.

— Silia, tú olvidas que aunque yo quisiera ser tu esposo, esto sería imposible.

— Lo que no olvido es haberte oido decir que para tí no existe esa palabra.

— Silia, puedes estar persuadida de que por tu amor...

— Basta, Fausto; yo te ruego que no se hable más de este asunto. Ni tengo rencor contra tí por lo que acaba de suceder, ni por eso te estimo ménos; y en prueba de ello pienso pedirte mañana un importante servicio, Fausto, un señalado servicio honroso para tí y para mí.

— ¡Oh, Silia! yo te juro...

— No son necesarios tus juramentos; es

una noble acción, y tengo la seguridad de que la ejecutarás. Adios.

Silia señaló con el dedo la puerta del gabinete, y Fausto salió confuso y agobiado bajo el peso de sus pensamientos, explicándose falsamente los secretos designios de Silia y procurando adivinar la oculta causa que había dictado la conducta de la dama romana.

No seguirémos al jóven tribuno en la solitaria excursion que hizo por las afueras de la ciudad, dirigiéndose despues cortos instantes hácia el campamento ocupado por su legion para buscar en sus deberes una distraccion á sus pesares. Tambien evitó volver luégo á su morada, porque no se encontraba con el ánimo dispuesto para dispensar á sus huéspedes las atenciones debidas á los extranjeros.

Desde el momento en que Silia se vió sola, levantóse impulsada por la cólera, llamó á sus esclavas, se hizo vestir una nueva túnica la más tupida y la más larga de su guarda ropa, y dejando las habitaciones del departamento superior, se trasladó al tablinio, porque se aproximaba la hora en que debía presentarse el duunviro Bibulo.

Silia al recibir á Fausto en un traje ligero y en un departamento retirado, se

había abandonado á él; pero tanto como ella hubiera querido pertenecerle, aunque estaba segura del respeto de Fausto por que éste la amaba, tanto deseaba distanciarse del duunviro, porque temia exponerse á un brutal atrevimiento, que éste cometeria ciertamente si no adoptaba todas las precauciones para evitarlo. Del amor de Fausto podia haberse defendido por el influjo de ese mismo amor; pero necesitaba protegerse de un modo material contra los deseos ménos ardientes y si más audaces y desenfrenados de Bibulo.

Éste se presentó al cabo sin que hubiera habido necesidad de situar previsoramente en el atrio ninguna esclava con especial consigna para introducirlo: penetró sin detenerse ante el portero, lanzando á éste su nombre como un salvo-conducto que no podia encontrar ningun obstáculo, y que no lo encontró en efecto. Cuando entró en el tablinio, Silia, que estaba sentada, se puso de pié y lo acogió con la cortesía que debía recibirse al duunviro, es decir, al primer magistrado de la colonia.

— Cuidado que no es el duunviro el que viene á tí, bella entre las bellas; sino tu esclavo—gritó Bibulo.

— Me has pedido una entrevista—dijo Silia—y yo te la he otorgado. Qué es lo que quieres de mí, Bibulo?

—Eh!... lo que no ignoras, lo que he querido siempre; tu amor.

—¿Y cuando yo te lo haya concedido, á dónde llegarás tú con él?— exclamó Silia con altivez.

—A dónde puede llevar el amor de una mujer —replicó Bibulo, dando un contoneo en que la obesidad de su abdomen le presentaba grotescamente ridículo.

—Generalmente conduce al matrimonio cuando ella es libre.

—Pero como tú no lo eres...

—Ve ahí, pues, que mi amor no te llevará á nada.

—Vamos, noble Silia —dijo Bibulo— no hay para qué exagerar las cosas. ¿Qué significa ni qué vale el nombre de un hombre? Esto es lo de ménos.

—Sin duda alguna, cuando ese hombre es un cualquiera; pero no así cuando es el primero de la ciudad y tal vez del mundo.

A Bibulo le halagó en extremo la adulatoria cortesía de Silia y exclamó con aire de satisfacción y fingida modestia:

—Efectivamente el nombre del duunviro Bibulo es alguna cosa en el mundo; pero está ya dado.

—También puede retirarse; sobre todo si ha sido confiado á una mujer que le lleve tan mal empleado como las alhajas

con que agobias á Fortunata. En verdad te aconsejo que conseguirias mejor tu objeto llevando contigo una bella estatua cargada de joyas y colocándola á tu lado en los festines: así mostrarías á todos tu opulencia, sin provocar, como Fortunata, las burlas de tus convidados.

—En efecto —dijo Bibulo— yo puedo repudiarla, y aún hace algun tiempo que me ha ocurrido esa idea. Fortunata no me es ya necesaria: mi caudal está ya puesto en orden y esa necia no me ha sido útil más que para eso, exclusivamente para nada más, yo te lo juro. Pero por más que yo esté dispuesto á hacerlo, el repudiarla no me servirá de nada.

—Eso es también lo que yo pienso —dijo Silia — pero si te he hablado de esto ha sido por que yo quisiera verte al cabo dueño y libre de hacer lo que te conviniere. Tú debes comprender que ha de ser muy peroso el saber que no puede recibirse la visita de un amigo sin que los pasos de éste sean vigilados y acechados por una nueva Megera (1), amén de las

(1) Una de las tres furias infernales. Orfeo dijo que eran hijas de Pluton y de Proserpina y añade que sus nombres fueron Tesifone, Megera y Alecto (*Orph.*, cart. lib. de *imag.*, pág. 195). Otros, como Licofon y Mureto, dicen que eran hijas de Aqueronte y de la Noche y que las parió la Oscuridad de una ventregada (*Mureto*, 1. 7.